

Lenin, sin barba ni bigote, a raíz de su huida a Finlandia, tras el fracaso de la Intentona revolucionaria de verano de 1917.



EL OCTUBRE RUSO Y SU ECO EN ESPAÑA

ALFONSO LAZO

EL proceso revolucionario ruso, que comienza con el derrocamiento zarista y culmina con la llamada "revolución de octubre" (noviembre en la cronología occidental) que llevó al poder a los bolcheviques de Lenin, es en su conjunto lo que se ha dado en llamar una revolución clásica que se inicia con una "revuelta de privilegiados" y termina con un absoluto protagonismo de las masas.

Pero es también una revolución que sólo puede ser entendida en el contexto de la primera guerra mundial, que enfrentó a los llamados Imperios centrales, donde el sistema político predominante era el autoritarismo, con los aliados, entre los cuales la democracia aparecía como el régimen común.

Son, pues, estos dos elementos los que hay que tener en cuenta a la hora de explicarse cómo la revolución rusa en su conjunto, y sobre todo la "revolución de octubre", fue vista e interpretada por la opinión pública española de la época; los periódicos, los políticos, la burguesía y la clase trabajadora.

En gran medida, las condiciones objetivas que hicieron posible el estallido de la revolución que terminó con el régimen secular del zarismo fueron aportadas por la Gran Guerra.

En efecto, cuando Rusia se mete de lleno, al lado de Francia e Inglaterra, en la guerra contra Alemania, el país no estaba ni en disposición económica ni moral para ello. El pueblo ruso, con una capa intelectual muy germanizada, no sentía ningún antagonismo hacia los alemanes. A nivel cortesano, la Zarina era alemana y el propio Zar Ni-

colás II simpatizaba claramente con el Káiser. Sólo, pues, el sistema de alianzas había obligado a Rusia a enfrentarse con los germanos.

Fue esta situación la que llevó a un sector de la Corte próximo a la Zarina a intentar, al ver que la guerra se prolongaba, una aproximación a los alemanes. Esta actitud iba a constituir el detonador que hiciera explotar los tremendos pro-

blemas que el pueblo ruso a nivel económico y social tenía planteados desde siglos atrás.

En efecto, la oposición liberal rusa, compuesta por la gran burguesía e incluso miembros de la nobleza, temió que una paz con Alemania reforzase el autoritarismo político, lo que la empujó a una conspiración activa contra el régimen que iba a contar con cierto apoyo de los embajadores franceses e ingleses.

Por eso, la caída del zarismo hay que verla como producida por un levantamiento de masas de un pueblo exasperado por sus condiciones de vida agravadas por la guerra, y que fue aprovechado por un sector de la burguesía liberal que había perdido toda confianza en la autocracia y en el Zar y sus consejeros.

El levantamiento triunfó, el Zar fue destronado y en Rusia se establece un nuevo régimen que pretendía inspirarse en el modelo liberal y democrático de Occidente.

Las primeras interpretaciones

Cuando las noticias de los acontecimientos rusos llegaron a Es-

paña a través de las agencias de prensa europeas, la opinión pública liberal las acogió con verdadero alborozo.

El zarismo, por su autocracia, resultaba un inmenso anacronismo en la Europa formalmente democrática de los comienzos del siglo XX. Esto, unido a la idea de que la revolución había sido provocada por un grupo de "notables" y a que Inglaterra y Francia, dos democracias, la habían apoyado, creó en la burguesía occidental un tremendo equívoco. El europeo de ideología liberal y más o menos democrática interpretó el proceso revolucionario ruso únicamente como la marcha hacia la libertad de un pueblo que durante siglos había vivido en la más angustiosa opresión, marcha que sólo podía concluir en el establecimiento de un parlamentarismo integral. Así, la opinión internacional burguesa, a través de su prensa y durante un par de meses, sólo prestó atención a los aspectos políticos del proceso, ignorando en cambio sistemáticamente aquellos hechos que indicaban que la revolución tenía un enorme trasfondo de lucha de clases.



El asalto al Palacio de Invierno: un acontecimiento que conmovió al mundo.



Una escena de los motines de julio de 1917 en Petrogrado: la muchedumbre huye despavorida por la Perspectiva Nevski.

Por supuesto, la prensa española no fue una excepción, de tal manera que o bien no hace la más mínima referencia a un organismo netamente proletario como era el Soviet, o bien, si se refiere al mismo y a sus acuerdos, siempre les da a éstos un carácter político, en sentido de avance hacia el liberalismo, ignorando en cambio todo lo que de verdaderamente revolucionario había en esa institución.

Los periódicos españoles hacen todo lo posible, además, por dar una imagen "respetable" de los acontecimientos rusos. Por ejemplo, cuando para sustituir al príncipe Kondacheff en la Embajada de Rusia en Madrid se dice que será nombrado, como representante del nuevo régimen, el señor Polochov —en un intento, sin duda inconsciente, de indicar cómo la nueva y recién nacida Rusia va camino de convertirse en un país ordenado y serio—, la noticia publicada en la prensa madrileña resalta que el probable nuevo embajador es uno de los más ricos propietarios moscovitas.

España, un país dividido

España no había entrado en la guerra; sin embargo, como luego había de repetirse durante el segundo conflicto mundial, la opinión pública española, espectadora de lo que ocurría en Europa, se dividió en dos bandos antagónicos. Por un lado, los germanófilos, por otro, los que defendían las razones de los aliados.

A primera vista, las dos posturas partían de motivos puramente sen-

timentales: había a quien le resultaban simpáticos los alemanes, y existía quien congraciaba con los franco-ingleses. Pero la verdad es que en el fondo subyacía algo más importante: los españoles de mentalidad conservadora y autoritaria se sentían atraídos por los Imperios centrales; los que por el contrario adoptaban una actitud liberal, progresista y de izquierdas apoyaban sin reservas a los aliados.

En este contexto, la caída del zarismo vino a suponer una enorme satisfacción moral para los aliadófilos españoles en cuanto que, de un plumazo, hacía desaparecer una no pequeña contradicción. Hasta entonces, la tesis aliada de que se estaba luchando por la libertad contra la tiranía y el militarismo encontraba siempre la misma objeción: el régimen político ruso. Ahora, la situación había cambiado; ya no existía una Rusia autocrática, sino una Rusia liberal. A partir de este momento se podía dar al conflicto mundial un carácter ideológico y convertirlo en una Cruzada: la lucha por la libertad y contra la tiranía. A un lado con la justicia de su parte, las democracias: Inglaterra, Francia, EE. UU., Italia y Rusia; al otro, junto con la opresión, los Estados autocráticos: Alemania, el Imperio otomano y Austria-Hungría.

Pero algunos aliadófilos españoles aspiraban a más. Así, el 26 de abril de 1917, el Partido Reformista publicó un manifiesto donde se pedía la entrada en la guerra contra los Imperios centrales.

Por supuesto, frente a esto, la actitud de los españoles que simpatizaban con Alemania fue a través sobre todo de su prensa: pre-

sionar para que el país guardase una estricta neutralidad.

La agitación española en torno a la guerra, ahora con un nuevo sentido como resultado del éxito de la revolución rusa, culminó el 27 de mayo de 1917 con la celebración en la plaza de toros de Madrid de un gigantesco mitin convocado por todos los partidos y agrupaciones progresistas. Hablaron los más importantes políticos liberales y de izquierdas, entre ellos Unamuno, y todos coincidieron en la necesidad de, al menos, romper las relaciones con Alemania. A pesar de las discrepancias, todos los oradores habrían de coincidir en ver el conflicto mundial como una confrontación entre democracia y autocracia.

Desde este momento, la ya clásica división de los españoles en germanófilos y aliadófilos dejó de ser una cuestión sentimental, y pasó a convertirse claramente en un enfrentamiento entre conservadores y progresistas, autoritarios y liberales.

El giro en la opinión

El entusiasmo de la opinión española liberal y democrática hacia la nueva Rusia duró poco. Es, por otra parte, un fenómeno paralelo al de la opinión europea.

Lo que iba a provocar este cambio fueron dos fenómenos íntimamente conectados: la anarquía en que comenzó a hundirse el Ejército ruso y el pacifismo creciente de las masas proletarias. Dos fenómenos que causaban pavor a los políticos aliados, ya que podían abocar a la

desaparición de Rusia como combatiente contra Alemania.

Pero es que además se produce una curiosa y paradójica inversión. Como el Soviet, cada día con un poder mayor sobre las masas, se inclinaba hacia la paz, la prensa española partidaria de los aliados comenzó a atacar el desarrollo de los acontecimientos rusos que antes había aplaudido, mientras en cambio los periódicos y la opinión germanófilos, conservadores y derechistas a ultranza, iniciaron la defensa —en cuanto favorecía a Alemania— de la tendencia pacifista rusa, y, en consecuencia, de una manera indirecta, de los soviets proletarios.

De todas formas, esta confusión no duró mucho tiempo, la "revolución de octubre" iba a terminar con ella.

La cronología de los acontecimientos rusos es suficientemente conocida: el 21 de septiembre de 1917, el partido de Lenin obtuvo la mayoría en el Soviet de Petrogrado y, cuatro días después, Trotsky era nombrado presidente del mismo. A partir de aquí, los bolcheviques preparan la insurrección armada contra el Gobierno Provisional de Kerensky, controlado por los otros partidos socialistas. Así, el 15 de octubre los bolcheviques consiguen en Petrogrado 5.000 fusiles. El 20, Lenin llega a la capital y, por fin, los días 4 a 8 de noviembre se produce el levantamiento que culmina con éxito en el asalto al palacio de Invierno y la formación de un Gobierno de "comisarios del pueblo" dirigido por Lenin.

Inmediatamente, en España se desata una campaña de prensa ▶

EL OCTUBRE RUSO Y SU ECO EN ESPAÑA

contra el partido que se ha hecho con el poder en Rusia. Una campaña que a diferencia de la paralela que tiene lugar en Europa, no es porque el triunfo de los bolcheviques vaya a suponer la retirada de Rusia de la guerra, sino porque se intuye o se sospecha que en nuestro país, dada la inmensa masa proletaria desposeída, puede llegarse a una situación similar.

En efecto, la situación española era de quiebra social. El año económico de 1917 había sido a nivel de economía popular y doméstica el peor desde que comenzó la guerra europea, con el agravante de que no había sido el peor para todos, ya que una minoría especuladora y privilegiada había obtenido a lo largo de él enormes beneficios.

Como es lógico, la coyuntura económica, que se concretaba en una espectacular alza de precios, provocó a lo largo de 1917 tremendas crisis políticas y sociales. La burguesía vivió en un continuo sobresalto ante la trepidante acción de las organizaciones obreras, que culminó con la huelga general política y la proclamación del estado de guerra el 14 de agosto.

En esta tesitura se comprende perfectamente bien que para la clase acomodada española una revolución socialista similar a la de Rusia no fuese un imposible. Y se comprende también que los periódicos burgueses del país se hicieran eco de la campaña antibolchevique desencadenada por la prensa de la Entente, aunque por motivos distintos.

En la postura que los diarios españoles tomaron frente al triunfo leninista se distinguen, así, dos zonas: por un lado, utilizando fundamentalmente los telegramas que llegan de los países aliados, se procura desprestigiar a los bolcheviques; por otro lado y al mismo tiempo, la revolución comunista es presentada como un posible y terrorífico futuro para España.

A su vez, la postura de los periódicos germanófilos sufrió un inevitable cambio. Durante todo el proceso revolucionario ruso, la prensa favorable a Alemania parecía simpatizar con los elementos rusos más a la izquierda en cuanto que la postura pacifista de éstos favorecía a los Imperios centrales. Sin embargo, el triunfo de Lenin tenía tales repercusiones en el campo de las relaciones entre las clases sociales, que esos corresponsales y editorialistas, hombres de mentalidad ultraconservadora, hubieron de cambiar y desde la creación del "Gobierno de los comisarios" unir sus ataques a los de los periodistas aliadófilos. Así, por ejemplo, el corresponsal en Berlín del diario "ABC", un entusiasta de Alemania, y que por ello siempre había apoyado a los grupos pacifistas rusos, reproduce ahora las siguientes palabras de un viajero recién llegado de Petrogrado y entrevistado por él:

"El Gobierno bolchevique es una amalgama de bandidos y de románticos, de canallas y de místicos, de sinvergüenzas y de puritanos. En esa mezcla sobresale más lo malo

que lo bueno... Se sostienen por el terror, y las ametralladoras son su fuerza... Ametralladoras manejadas por la Guardia Roja, cuyos individuos cobran de 25 a 30 rublos por cabeza y día...".

Y concluye por su cuenta el periodista:

"Esa es la obra de la revolución, la obra del pueblo a la conquista de las libertades".

De esta manera, la contradicción mantenida a lo largo de un año en las páginas de la prensa española quedaba resuelta. Los germanófilos, conservadores en lo político y en lo social, dejaban de estar con los pacifistas rusos que no eran otros que los comunistas.

El segundo aspecto de la postura de los diarios españoles frente a la revolución bolchevique es, como ya hemos señalado, presentarla cual algo susceptible de repetición en nuestro país.

Un editorial de "ABC" del 16 de noviembre de 1918 resulta ejemplificador:

"No puede existir ninguna sociedad basada en los falsos principios que predicán ciertos elementos radicales. Bien claro se ve en la terrible y larga convulsión en que Rusia se debate.

Estas enseñanzas que Europa nos brinda deben servirnos para escalear en cabeza ajena y aplicarlas a España, donde tanto abuso se hace de las palabras libertad y democracia...".

Para más precisión, debe señalarse que este editorial aparecía con motivo del resultado de las elecciones a concejales del Ayuntamiento de Madrid, en las que fueron elegidos varios líderes socialistas encarcelados entonces con motivo de la huelga de agosto. Acompañaba el artículo una fotografía de los nuevos ediles madrileños en la que los socialistas electos aparecían vestidos de presidiarios.

El desconcierto obrero

Si el proceso revolucionario ruso, desde sus orígenes, supuso un enorme desconcierto para la opinión pública española, no fue menor la perplejidad que el mismo suscitó en la clase obrera española.

La incapacidad de obtener una información clara de lo que ocurría y, en consecuencia, la imposibilidad de adoptar una postura uniforme, se aprecia ya desde los comienzos mismos de la Gran Guerra. Así, las dos grandes organizaciones de masas del proletariado español, el PSOE con la UGT y el movimiento anarquista, se mueven entre contradicciones y ambigüedades en busca de una clarificación, que no se iba a alcanzar hasta tres años después, cuando los socialistas rechazasen las tesis de Lenin de la III Internacional.

En realidad, mientras que en su conjunto la opinión española se habla dividido, al principio de la guerra, entre aliadófilos y germanófilos, la postura de los líderes obreros oscilaba entre el intervencionismo de algún tipo y la neutralidad, o mejor dicho la inhibición; ya que a nivel de clase trabajadora, una postura favorable a los autocráticos Imperios centrales era por completo inconcebible.

En principio, el Partido Socialista comprendió que el estallido de la guerra iba a suponer, de necesidad, la dislocación de la II Internacional; por eso desde el comienzo mismo de las hostilidades publicó un manifiesto donde acusaba como causante del conflicto bélico al "imperialismo feroz y al capitalismo desenfrenado", pidiendo "la más estricta neutralidad".

Sin embargo, para el socialismo español la neutralidad pedida no quería significar un lavarse las manos, y Pablo Iglesias lo expresaba en el Parlamento con estas palabras:

"Hemos manifestado nuestro deseo de que España se mantenga neutral, pero también hemos manifestado nuestras simpatías y nuestros deseos de que triunfen aquellos cuya victoria entendemos es beneficiosa para los pueblos... De no encontrarse España en las actuales circunstancias, procuraríamos que donde van nuestras simpatías fuera también lo que nosotros juzgamos eficaz para el triunfo de aquella causa". (Citado por Tuñón de Lara en "El movimiento obrero en la Historia de España".)

Pero las cosas no resultaban tan claras. En el fondo, los socialistas españoles se debatían entre la tesis que presentaba la guerra como un conflicto entre potencias imperia-

secundando la actitud de Anselmo Lorenzo, condenó la guerra y propuso la neutralidad. Pero como Kropotkin y la mayoría de los anarquistas extranjeros luchaban contra los Imperios centrales, el anarquismo español se dividió; y así un grupo de teóricos en torno a Ricardo Mella y Quintanilla, que tenían como órganos de opinión "Acción Libertaria" y "Cultura y Acción", adoptaron una postura claramente aliadófila.

Si, como vemos, la manera de interpretar la guerra no era en absoluto homogénea por parte de los partidos obreros, la revolución rusa confundió aún más las cosas.

De momento, la clase trabajadora española acogió la caída del zarismo con un júbilo extraordinario. Aquí no existen divisiones, y ello es lógico en cuanto el fin del régimen autocrático se veía como el triunfo de la democracia, la permanencia de Rusia en la lucha contra Alemania y, sobre todo, por el protagonismo que el obrero ruso había conseguido a través de los distintos partidos socialistas.

Ahora bien, si el obrero español no tenía, pues, dudas en apoyar la revolución rusa, el golpe de Estado bolchevique, la "revolución de octubre" (noviembre en Europa) volvió otra vez a originar el desconcierto. Por un lado, los días de octu-



Asalto del Kremlin moscovita en 1917. Oleo de K. Yuon.

listas de donde la clase obrera no iba a sacar nada, y por la postura de los que velan en la conflagración mundial una lucha por la democracia contra las fuerzas autocráticas. De esta manera, mientras que el PSOE, oficialmente y a través de las intervenciones de Pablo Iglesias, señalaba que la razón estaba de parte de los aliados aunque España no debía intervenir dadas sus circunstancias peculiares, Largo Caballero, miembro de la Directiva, escribe el 1 de mayo de 1915:

"Guerra de liberación. ¿Liberación para quién?... La clase trabajadora continuará obligada a vender su fuerza de trabajo para poder vegetar... ¿No habíamos quedado en que el verdadero culpable de todas las guerras es el régimen que existe?". (Citado por Tuñón.)

No menor era el desconcierto en las filas del anarquismo.

El Comité Nacional de la CNT,

bre significaban que por primera vez en la Historia de la Humanidad, el proletariado alcanzaba el poder político, siendo capaz de crear un régimen propio; pero al mismo tiempo esto se hacía por medio del golpe de un partido obrero sobre otros partidos obreros de ideologías diferentes. En este contexto resulta para el historiador de un enorme interés la lectura de la prensa socialista y anarquista de la época.

Por ejemplo: "El Socialista", durante los primeros días, se limita a transcribir la información que le llega de Rusia sin hacer ningún tipo de valoración política, pero ya el 10 de noviembre se dice en un editorial:

"Las noticias que recibimos de Rusia nos producen amargura; creemos sinceramente, y así lo hemos dicho siempre, que la misión del momento de aquel gran país

era poner su fuerza toda en la empresa de aplastar el imperialismo germánico".

Naturalmente, esta postura del periódico suponía el rechazo de la tesis que Lenin había venido sosteniendo de "paz a cualquier precio".

De la misma manera, la revista "España", que dirigía Araquistáin, manifiesta su inquietud ante la posibilidad de que los bolcheviques firmasen una paz por separado con Alemania, y la publicación socialista llega a crear una sección con el título de "El caos ruso".

Pero no se trata sólo de preocupación por la nueva postura bélica que los rusos pudiesen adoptar, existe un trasfondo ideológico: el PSOE se siente mucho más cerca de los mencheviques y los social-revolucionarios que de los triunfantes leninistas, que ve con una enorme desconfianza "Toda la ciencia política de Lenin —dice la revista "España"— está encerrada en el 'Manifiesto Comunista'. Apenas dos o tres exarcebaciones más".

Frete a estas posiciones del socialismo español, los anarquistas se sentían mucho más inclinados a apoyar el triunfo del maximalismo ruso. En "Solidaridad Obrera" se afirma:

"Los principios salvadores de la revolución rusa triunfarán. El despertar general de la conciencia obrera no se hará esperar. Nosotros, como anarquistas y como proletarios, invitamos al pueblo español a que se dignifique y libere en una acción viril como la de nuestros hermanos los proletarios rusos".

Para los anarcosindicalistas españoles, la posibilidad de que Rusia se retirase de la guerra era tan sólo una prueba del humanitarismo que regía las acciones del nuevo Gobierno bolchevique.

Intentos de clarificación

En su conjunto, la sociedad española fue incapaz durante mucho tiempo de ver con claridad y de interpretar correctamente la revolución rusa. Sólo después de la toma del poder por los bolcheviques se hizo cierto esfuerzo para explicar los acontecimientos y sobre todo para situar ideológicamente a sus protagonistas. Ya, por ejemplo, a finales de noviembre de 1917 aparece un libro cuyo título era "La disolución de Rusia y la dictadura de Kerensky", y cuyo "slogan" publicitario calificaba a esta obra de indispensable para comprender las razones que hablan conducido a la conquista del Estado por parte de Lenin.

Igualmente, desde noviembre, la prensa española es capaz por fin, cosa que no había logrado antes, de separar a "socialistas" (donde se incluían mencheviques, social-revolucionarios y otros grupos menores) de maximalistas, que es como en Occidente se denominaba a los bolcheviques. A pesar de eso se continuaban cometiendo graves errores. Así, el definir, como se hacía continuamente, al grupo de Lenin como pacifista era correcto, pero era fijarse tan sólo en un aspecto circunstancial y táctico de su ideología. En cambio, cuando se intentó por primera vez dar un calificativo que condenase el contenido ideológico profundo de los bolcheviques, el término que se utilizó no pudo ser más inadecuado: anarquistas. Durante bastante tiempo, para los periodistas españoles, maximalistas y anarquistas serían una misma cosa, mientras que en ningún caso llegó a utilizarse el término de marxistas.

En definitiva, hasta el triunfo bolchevique, ni las noticias de agencias ni los editoriales en los periódicos se preocuparon de explicar a sus lectores cuál era en concreto la ideología de los comunistas o la personalidad de sus jefes. Pero una vez que el Gobierno de los comisarios fue un hecho, la actitud de los periódicos cambió, aunque los errores y las simplificaciones continuaron a la orden del día.

De Lenin, los diarios españoles, tomándola del "Il Giornale de Italia", dieron la pintoresca biografía siguiente:

"Lenin tiene cuarenta y cinco años, hijo de un cura ortodoxo, ha nacido y pasado su juventud en Moscú.

Desde que fue estudiante se dedicó, junto con sus hermanos, a hacer propaganda socialista entre los obreros de Moscú. Los dos fueron detenidos. Lenin consiguió ser puesto en libertad por falta de pruebas; mas su hermano fue desterrado a Siberia, de donde intentó fugarse, siendo muerto sin piedad por un carcelero...

... En estos últimos años, Lenin vivía en el extranjero. Representaba la fracción de los maximalistas del Partido Socialdemocrático ruso".

Sólo cuando ya a partir de febrero de 1918 se puede considerar concluida la revolución en Rusia, una serie de artículos en distintos periódicos españoles intentaron por primera vez una rigurosa aproximación a la ideología del grupo vencedor. La interpretación de esa ideología, no obstante, fue en muchos casos errónea, y es curioso señalar cómo no sólo en España, sino también en el resto de Europa, la mayoría de los articulistas insisten en presentar el bolchevismo como una especie de nueva religión idealista.

He aquí dos ejemplos. Uno, extracto de una crónica de Sofia Casanova, corresponsal en Moscú. El otro, un artículo del "Daily Telegraph".

Dice el primero:

"El radicalismo de los bolcheviques contiene istidos de humanidad, y su tiranía, lágrimas de idealismo..., el credo de estos bárbaros tiene algo de fuego que ilumina y elevó sobre el mundo pagano el mundo de los miserables".

Y el "Daily Telegraph":

"A algunos de aquellos a quienes he interrogado ven en el maximalismo una especie de actividad religiosa y dicen que... las apocalípticas fórmulas de los perturbadores han impresionado el espíritu místico del pueblo ruso, aunque por lo mismo no será duradero el influjo."

Esta fue la impresión general en España y en el mundo; la que era llamada "la locura de Rusia", sería flor de un día, una situación imposible que no podía mantenerse. ■ A. L.

EN EL NUMERO DE NOVIEMBRE DE

TIEMPO de HISTORIA



Director: EDUARDO HARO TECGLÉN

En su número 36, TIEMPO DE HISTORIA incluye estos temas:

A LOS DIEZ AÑOS DE SU ASESINATO. "CHE" GUEVARA: TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA REVOLUCIÓN, por Teófilo Ruiz Fernández. ● TRES DOCUMENTOS DE LA GUERRA CIVIL COMO SE INICIO LA INTERVENCIÓN MARÍTIMA ITALO-ALEMANA, por Juan García Durán. ● FUNDADOR DE LA ESCUELA MODERNA. FERRER GUARDIA, "MALDITO HISTÓRICO", por Bel Carrasco. ● A PROPOSITO DE "LA DETONACION". LARRA Y BUERO: UN AMOR SIN LÍMITES A LA LIBERTAD, por Eduardo Haro Tecglen. ● EL GRITO DESILUSIONADO DE MARIANO JOSÉ DE LARRA, por Lourdes Ortiz. ● GRECIA Y ROMA LO CONSAGRARON. EL SUICIDIO ENTRE LA NORMA Y EL HORROR, por Eduardo Tijeras. ● LA NOVELA SOCIAL DURANTE LA II REPÚBLICA, por Fulgencio Castañer. ● TESTIMONIO Y REFLEJO DE UNA SOCIEDAD EN CRISIS. CHAPLIN: HISTORIA DEL PEQUEÑO BURGUES, por Juan Antonio Hormigón. ● ¿ESTUVO NIXON IMPLICADO? LOS ASESINATOS DE JOHN Y ROBERT KENNEDY: NUEVAS HIPÓTESIS, por Eduardo de Guzmán. ● MÉXICO, EN EL RECUERDO DEL EXILIO, por Carlos Sampelayo. ● ESPAÑA, 1947. Selección de textos y gráficos por Diego Galán y Fernando Lara. ● LA TRAGEDIA DE GUINEA, por Juan Manuel de la Torre. ● LIBROS: La salvación del tesoro arcaico; España, una historia sin bonanza; La aventura de los pioneros españoles; Un nuevo modo de enseñar la historia. ● REVISTAS: "El Cámbalo": La dictadura del proletariado. ● TEATRO: "La tierra es redonda", de Armand Salacrou; SAVONAROLA ESTA AQUÍ, por E. H. T. ■

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A "TIEMPO DE HISTORIA", CONDE DEL VALLE DE SUCMIL, 20. TELEF. 447 27 00. MADRID-15

NOMBRE Y APELLIDOS
CALLE O PLAZA
N.º
TELÉFONO
CIUDAD
PROVINCIA
PAIS

Firma,

SUSCRIBANME POR UN PERIODO DE UN AÑO (12 números)

A partir del próximo número del mes de

Señalo con una cruz X la forma de pago que deseo.

Adjunto talón bancario nominativo a favor de TIEMPO DE HISTORIA.

He enviado giro postal n.º

SUSCRIPCIÓN ANUAL (12 números): España: 750 pesetas. Extranjero: 875 pesetas. Cuando el suscriptor solicite expresamente el envío de los ejemplares por avión, o certificados, a las tarifas superiores se incrementarán las sobretasas postales vigentes.